HISTORIA DE ESPAÑA

ILUSTRADA,

DESDE SU FUNDACION HASTA NUESTROS DIAS,

Ó SEA

COLECCION DE LITOGRAFÍAS

REPRESENTANDO LOS PRINCIPALES HECHOS HISTÓRICOS DE CADA ÉPOCA,

CON TEXTO AL DORSO,

POR

D. RAFAEL DEL CASTILLO.

Época segunda.—La España árabe.—Tomo segundo.

BARCELONA:
IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
CALLE DE ROBADOR, NÚMERO 24 Y 26.
1873.

Entrega 36.

L47
3935

C47-3935

G.ª Junio 12/74

SERRA LIT. IMP. VIDAL

D. ALFONSO X DESHEREDA Á SU HIJO D. SANCHO.

Riera, Editor, Barcelona. Rubador 24 y 26.

CAPITULO LXXVIII.

Últimos años del reinado de D. Alfonso X de Castilla.—Declara á D. Sancho, su hijo, heredero de sus reinos.—Consecuencias de este paso.—Desaciertos cometidos por D. Alfonso.—D. Sancho se alza contra él.—Abandono en que se encuentra el rey.—Llama en su ayuda á los musulmanes africanos.—Enfermedad de D. Sancho.—Fallecimiento de D. Alfonso X, llamado el Sábio.

Apesar de haber dejado el hermano mayor de D. Sancho, D. Fernando el de la Cerda, dos hijos de menor edad, que eran D. Alfonso y D. Fernando, persistió aquel en que su padre le confirmara en el título de sucesor y heredero de su reino, pues como ya tenemos indicado, muchos nobles le habian reconocido como tal.

El monarca no supo que resolver en aquella ambiciosa peticion.

Si accedia al deseo de su hijo, perjudicaba á sus nietos, y si mantenia los derechos de estos, iba á suscitar contra sí el enojo de su hijo y de los grandes que seguian su parcialidad.

Todavía no estaba definida la ley de sucesion á la corona, pues aun cuando el rey la habia consignado en su código *Las Partidas,* no estaba dada al público.

En semejante apuro y falto de voluntad el monarca para resolver por sí lo mas acertado y equitativo, reunió su consejo, el cual mostróse tan vacilante como el mismo rey.

Un hermano de este, el infante D. Manuel, fue el que manifestó mas clara y patentemente su opinion, sentando una extraña jurisprudencia.

E si el mayor que viene del árbol fallesce, deve fincar la rama de so el en somo (1), con lo que queria decir, que, cuando la rama principal de un árbol perece, debe sustituirla la que está debajo.

Esta razon fue suficiente para mover el ánimo del monarca, y convocando cortes en Segovia en 1276, hizo jurar en ellas á don Sancho por su heredero.

La reina D.ª Violante, esposa del Rey, y bajo cuya guarda estaban los hijos del infante de la Cerda, temerosa de que á sus nietos pudiese sucederles alguna cosa, marchóse secretamente á Aragon á guarecerse bajo el amparo de su hermano D. Pedro III, que por muerte de su padre D. Jaime, habia heredado aquella corona.

La madre de los niños, D.ª Blanca, hija de D. Luis y hermana de Felipe el *Atrevido,* rey de Francia, fuese tambien con ella, y tal fue la cólera del monarca, de tal modo la ira le cegó, que sospechando que su hermano D. Fadrique y el señor de los Cameros, D. Simon Ruiz, las hubiese aconsejado semejante proceder, ordenó á su hijo D. Sancho que los prendiera y los hiciera matar, sentencia que se ejecutó inmediatamente, y con la cual arrojó sobre sí el sábio monarca una mancha indeleble.

Segun la crónica de D. Alfonso el *Sábio*, semejante acontecimiento tuvo lugar, «porque supo algunas cosas del infante D. Fadrique su hermano,» pero Mondejar, Zurita, Lafuente, y otros no menos ilustres autores, opinan que aquellas sentencias se ejecutaron por las razones que dejamos expuestas.

Un modesto historiador dice y nos adherimos á su opinion, que «lo único que puede atenuar algo la odiosidad de este hecho en un rey legislador, es que acaso creyera necesaria la pronta ejecucion del castigo y la omision de toda forma para evitar los disturbios que amenazaban al reino (2).»

El rey de Francia trató de hacer valer los derechos de sus sobrinos amenazando penetrar en Castilla con poderosa hueste, mas las exhortaciones del papa Juan XXI y de Nicolás III, que le sucedió, impidieron por entonces la realizacion de aquel proyecto.

Una vez espirada la tregua con el infiel, preparó D. Alfonso fuerte armada y ejército de tierra para atacar á los moros de Algeciras.

Púsose sobre la plaza y de tal manera apretó el cerco, que bien pronto los víveres escasearon en la poblacion poniéndola en grave apuro.

No era mejor tampoco la situacion de los cristianos.

Agotadas sus provisiones, bajo un sol abrasador; pues la estacion se hallaba muy avanzada, desarrolláronse grandes enfermedades en el real de D. Alfonso y sus soldados sucumbian en número muy considerable.

Al saber el emperador de Marruecos, que se hallaba en Tánger, la aflictiva situacion de los cristianos, reunió apresuradamente una pequeña flota con algunas tropas de desembarque y cayendo sobre la escuadra que sitiaba á Algeciras la destrozó por completo.

Igual suerte tuvo el ejército de tierra que mandaba el infante D. Pedro.

Tal fue el éxito que obtuvo la mas importante empresa militar que intentó el rey D. Alfonso X durante su reinado.

Vióse obligado á ajustar paces con el emperador de Marruecos, y á sufrir los reproches y el disgusto de su corte, que comenzó á mostrarse ya de una manera harto ostensible.

Mientras estos acontecimientos habian tenido lugar, D. Sancho, á fuerza de dádivas y ruegos, pudo conseguir que regresara á Castilla su madre, dejando confiados sin embargo al rey de Aragon sus nietos los infantes de la Cerda.

El aragonés y D. Sancho se avistaron entre Requena y Buñol, concertando paces y quedando en buena armonía, lo que no sucedió en la entrevista que D. Alfonso y sus hijos tuvieron en Bayona con los embajadores de Felipe de Francia, en que no pudieron avenirse unos y otros.

Otra nueva entrevista tuvieron el rey de Aragon y el de Castilla despues de la celebracion de los matrimonios de los dos hijos de este, D. Pedro y D. Juan, con D.ª Margarita, hija del vizconde de Narbona, el primero, y con D.ª Juana, hija del marqués de Monferratto, el segundo.

En esta nueva reunion de soberanos, ratificáronse las alianzas y pactos concertados por D. Sancho, prometiendo mútuamente prestarse ayuda contra todos sus enemigos, añadiéndose que en las condiciones secretas de estos pactos entraba la de ayudarse á conquistar el reino de Navarra, del cual se apoderaria el francés, dividiéndole entre ambos.

El infante D. Sancho, á quien convenia en gran manera que el aragonés estuviese contento á fin de que no soltara á los infantes de la Cerda, cedióle la parte que á él pudiera corresponderle en aquellos estados, si por acaso se tomaba despues de la muerte de su padre (1).

Abrióse de nuevo la guerra contra el infiel, pero con tan mala suerte como en los años anteriores. Otra vez tuvieron que ceder el campo los cristianos y esto aumentó el descontento que ya empezaba á cundir por todo el reino.

Para prestarle mayor cuerpo, en las cortes que convocó D. Alfonso en Sevilla en 1281, pidió nuevos recursos para proseguir la guerra contra los moros, mas como estaban tan empobrecidos los pueblos, propuso que se rebajara la ley de la moneda, sin que por eso se alterase su valor, y la condescendencia de las cortes, hija de una debilidad indisculpable, acabó de exasperar los ánimos.

Y por si esto era poco todavía, desconociendo el monarca el carácter de su hijo Sancho y la crítica situacion en que se hallaba, significó mas enérgicamente su voluntad para que á su nieto, el primogénito del infante de la Cerda, que, como sabemos, estaba en Aragon, se le diera el reino de Jaen.

De una manera harto perceptible demostró su enojo D. Sancho mediando entre padre é hijo frases un tanto duras, en términos de amenazar el primero con que le desheredaria, y de contestar el segundo: *tiempo verná que esta palabra la non quisieredes haber dicho.*

Ya desde algun tiempo antes existia el desamor por parte del hijo respecto al padre, y fácil era presumir que á no tardar, esta falta de afecto se convertiria en abierta rebelion, como así sucedió.

Fácilmente se comprende que los descontentos al saber las desavenencias de padre é hijo se aprovecharon de ellas, y poniéndose de parte de este, bien pronto alzaron pendones contra el monarca que en breve espacio se vió abandonado de todo el mundo.

La reina D.ª Violante abandonó tambien al esposo por seguir el bando del hijo, y este, despues de hacer alianza con el rey de Aragon y el de Portugal contando con los maestres de las órdenes y con el pueblo y la nobleza, convocó en Valladolid cortes de leoneses y castellanos en 1282, en las cuales se depuso del trono á don Alfonso, eligiendo y aclamando á D. Sancho.

Este se negó á admitir el título de rey en vida de su padre, conservando solamente el de infante heredero y regente del reino.

D. Alfonso á su vez, reunió en Sevilla su consejo y con él se presentó al pueblo; subióse á un estrado preparado convenientemente, y desde allí publicó el acta por la cual desheredaba á D. Sancho, poniéndole bajo la maldicion de Dios por impío, parricida, rebelde é inobediente (2).

Viéndose abandonado de todos D. Alfonso y reducido solamente á la ciudad de Sevilla, envió su corona al emperador de Marruecos para que sobre ella le prestase alguna cantidad á fin de procurarse soldados con quienes combatir al rebelde hijo.

El rey de los Beni-Merines vino á España como auxiliar del monarca castellano, pero presto se desavinieron, no faltando quien sospeche que la ayuda de aquel envolvia otros proyectos mas ambiciosos que, conocidos por los cristianos, les obligaron á separarse y obrar solamente por su cuenta.

Una derrota que los sublevados sufrieron en Córdoba, y la reflexion y el tiempo obrando de consuno, hicieron que muchos caballeros, los dos hermanos de D. Sancho, los infantes D. Pedro y D. Juan, la reina D.ª Violante, y varias villas y ciudades se tornasen á la obediencia del legítimo rey.

Por entonces sufrió D. Sancho una terrible enfermedad en Salamanca, de la cual creyóse que falleceria, por cuyo motivo aumentaron las deserciones en su campo.

Al saber el monarca el desesperado trance en que se hallaba su hijo, tuvo un gran pesar, que, aun cuando tantas pesadumbres le diera, no podia prescindir de que era su hijo y de que le habia amado mucho.

Pero contra todos los cálculos sanó el príncipe, mientras que los disgustos mas que los años, hacian enfermar al rey D. Alfonso, en términos que en breves dias desesperóse de su existencia.

En el mes de abril de 1284 falleció D. Alfonso á los 62 años de edad, desapareciendo con su muerte el obstáculo que se opusiera á la gran ambicion que devoraba el insaciable corazon de su hijo Sancho.

(1) Chron., de D. Alfonso el *Sábio,* cap. LXIV.
(2) Lafuente.—Hist. de España.—Parte II, lib. III.

(1) Zurita.—Anales, lib. IV.
(2) Archivo de la Corona de Aragon.—Zurita.—Anales, lib. IV, cap. XI.

Serra lit. *Casals imp.*

CORONACION DE D. PEDRO DE ARAGON POR REY DE SICILIA.

Riera Editor, Barcelona, Robador. 24 y 26.

CAPITULO LXXIX.

Pedro III de Aragon, el Grande.—Su coronacion en Zaragoza.—Sublevaciones de los moros valencianos y de los catalanes.—Hace feudatario á su hermano el rey de Mallorca.—Sus derechos á la corona de Sicilia.—Juan de Prócida.—Famosas Vísperas sicilianas.

Durante los últimos años del reinado de D. Alfonso hemos nombrado distintas veces al rey D. Pedro III de Aragon, y necesario nos es, antes de proseguir los sucesos de Castilla durante el reinado de D. Sancho, ocuparnos de los acontecimientos de Aragon hasta el momento en que, por muerte de D. Pedro, pasó su corona á ceñir otras sienes.

El reinado de D. Pedro III es «uno de aquellos períodos que forman época en la historia de un país.» Así dice nuestro moderno historiador Lafuente, y nosotros debemos añadir que no solo es verdaderamente importante para la historia de España en general, si que tambien su influencia dejóse sentir de una manera poderosa respecto á las demás naciones extranjeras.

Hasta el momento en que D. Pedro fue coronado solemnemente en Zaragoza, no quiso usar otro título que el de infante heredero, demostrando con esto un gran tacto político.

Hasta entonces ningun monarca se habia coronado en Zaragoza.

D. Pedro y su esposa D.ª Constanza recibieron en esta ciudad, capital de sus estados, la corona y el cetro de manos del arzobispo de Tarragona en 16 de noviembre de 1276.

En este solemne momento para que no se pudiese sospechar que aquel acto implicaba una aprobacion de la concesion otorgada por su abuelo á la Sede Pontificia, protestó antes en presencia de varios importantes personajes, diciendo «que se entendiese que no recibia la corona de manos del arzobispo en nombre de la Iglesia romana, ni por ella, ni contra ella (1).»

Despues fue reconocido el infante D. Alfonso, su hijo, como sucesor suyo.

Terminadas las ceremonias y fiestas consiguientes á un acontecimiento semejante, volvióse de nuevo el monarca á Valencia donde todavía quedaban infieles que combatir.

La fuerte posicion de Montera era, por decirlo así, el postrer baluarte que les quedaba, y á su abrigo habíanse guarecido mas de treinta mil.

D. Pedro hizo un llamamiento á sus caballeros, reunió poderosa hueste y fuese á poner cerco á la plaza, estrechándola de tal modo, que no les quedó á los sitiados otro recurso que rendirse sin condiciones de ninguna especie en 1277, viéndose obligados, en virtud de la voluntad del monarca, á abandonar aquel país tan lleno de recursos para ellos y donde tantas afecciones tenian.

Con esta conquista puede decirse que quedó completamente seguro todo aquel importantísimo reino.

De la estancia del Monarca en Valencia aprovecháronse los catalanes para rebelarse contra él.

Mostrábanse resentidos porque D. Pedro despues de haberse coronado en Zaragoza no habia pasado á Barcelona á confirmarles sus fueros, segun la costumbre de sus antecesores.

Aliáronse con los condes de Pallás, Fox y Urgel, y puesto en armas cási todo el país, no pudo D. Pedro acudir oportunamente á sofocar el incendio, tanto por hallarse empeñado en la guerra de Valencia, cuanto por las complicaciones que con Castilla sobrevinieron á consecuencia de la llegada de la reina D.ª Violante con los hijos del infante de la Cerda, segun espusimos en el anterior capítulo.

Pero una vez terminada aquella guerra y dado término á los tratos con Castilla, penetró resueltamente en Cataluña, y habiéndose hecho fuertes los rebeldes en la importante villa de Balaguer, acometióles con tal ímpetu que no tuvieron mas remedio que darse á partido, rindiendo la plaza en junio de 1280.

Los condes fueron encerrados en el castillo de Lérida, siendo el de Fox, que mas altanero é inconveniente seguia mostrándose con el Monarca, recluido en el de Siurana, donde permaneció mucho tiempo.

Por entonces tuvo lugar tambien la entrevista de D. Pedro y su hermano D. Jaime, rey de Mallorca, al objeto de que este rindiese feudo por los estados del Rosellon, Cerdaña, Montpeller y las Baleares, que habia heredado.

No muy bien se habian llevado siempre los dos hermanos, y esta exigencia de D. Pedro á la cual no tuvo otro remedio que acceder D. Jaime por la exiguidad de sus fuerzas relativamente á las de su hermano, acabó de colmar la enemistad y antipatía que recíprocamente se profesaban.

Urgíale en gran manera á D. Pedro llevar á feliz y pronto término todas estas empresas, porque tiempo hacia hallábase preocupado por otra mas grande y trascendental.

Esta era la de la posesion de la Sicilia, á la cual tenia derecho el monarca aragonés por parte de su esposa D.ª Constanza, hija de Manfredo, rey de aquella isla.

La corte pontificia, en guerra mucho tiempo con la casa de Suavia, prestó su apoyo al conde Cárlos de Anjou, hermano menor de Luis IX de Francia (san Luis), para que se apoderase de aquel reino.

Así sucedió, y aun cuando Manfredo luchó esforzadamente por la conservacion de sus estados, fuéle contraria la suerte, y en el combate de Benevento perdió la vida con la corona.

Cárlos de Anjou sentóse sobre los tronos de Nápoles y Sicilia, mas de tal modo exasperó á aquellos naturales con los excesos y tropelías que cometiera, que la indignacion era general, volviéndose todas las miradas hácia Conradino, hijo de Conrado, que fuera antecesor de Manfredo.

Quince años contaba á la sazon Conradino, cuando reunido á su alrededor un buen ejército, presentóse á disputar al de Anjou aquel trono de que tan injustamente se apoderara.

Ayudóle en esta empresa un ilustre castellano, el infante D. Enrique de Castilla, hermano de D. Alfonso, que enemistádo con este, estuvo muchos años en la corte del monarca Tunezino donde adquirió grandes riquezas pasando despues á Italia.

Con este iba su hermano D. Fadrique y un buen número de caballeros castellanos descontentos del gobierno de D. Alfonso, y todas las historias están contestes en ponderar el valor y el esfuerzo de estos, alcanzando alta prez en los campos de batalla.

Tampoco la suerte estuvo de parte de los sicilianos en esta ocasion, á pesar del auxilio que les prestara la noble y esforzada legion castellana.

En la batalla de Tagliacozzo quedaron derrotados, y prisionero Conradino fue decapitado en la plaza del mercado de Nápoles, arrojando desde el patíbulo su guante en medio de la multitud, cual si buscase un vengador.

Y lo encontró por cierto. Un caballero aragonés recogió aquel guante y le llevó al Monarca de Aragon, esposo de D.ª Constanza, que era quien únicamente quedaba ya con derecho al trono de Sicilia.

Juan de Prócida, que era un noble caballero siciliano, que habia recibido una afrenta personal del mismo Cárlos de Anjou en la persona de su esposa y de su hija, hallábase desterrado de su patria y refugiado en Aragon.

En este mismo reino habia otra porcion de ilustres sicilianos pertenecientes á los gibelinos, debiendo hacer especial mencion del famoso Roger de Lauria, que tanta gloria habia de dar despues á las armas aragonesas y catalanas.

Estos, y especialmente Prócida, hablaron á D. Pedro, y entusiasmáronle con el proyecto de intentar un movimiento en Sicilia para que obtuviera aquella corona.

Prócida estuvo en Constantinopla, donde hizo presente al emperador Miguel Paleólogo, la amenaza de Cárlos de Anjou de apoderarse de sus estados para colocar en el trono imperial, de acuerdo con el rey de Francia, á su cuñado Felipe, y de la conveniencia que reportaria aliándose con el rey de Aragon.

Tambien estuvo en Sicilia á fin de preparar á sus amigos, y mientras tanto el rey D. Pedro procuraba dar cima á sus empresas de Valencia, Cataluña y Mallorca á fin de poder quedar desembarazado para el audaz proyecto que meditaba.

Con la noticia del buen éxito que Prócida obtuviera en sus arriesgadas expediciones, preparó una formidable armada bajo el pretexto ostensible de hacer la guerra á los turcos y á los moros, sin que nadie supiera el verdadero objeto para que se destinaba.

El rey de Francia, sospechando algo, procuró averiguar por medio de una embajada que al efecto le mandó, el destino que pensaba darle D. Pedro de Aragon.

Pero este supo evadir diestramente la cuestion y zarpó del puerto haciendo rumbo á las costas de Berbería.

Avisado Cárlos de Anjou para que se pusiera en guardia contestó desdeñosamente: *Conozco la falsedad y doblez de Pedro de Aragon, pero me dan poco cuidado tan pequeño reino y tan pobre rey.*

Bien caras pagó tan imprudentes frases.

Sus demasías, sus atropellos, la intemperante conducta seguida tanto por él como por sus soldados habian colmado, la medida del enojo público.

Era el lunes de Pascua de Resurreccion, 30 de marzo de 1282, y los habitantes de Palermo se dirigian á celebrar las vísperas de la festividad á la iglesia del Espíritu Santo situada fuera de la ciudad á la orilla de un riachuelo.

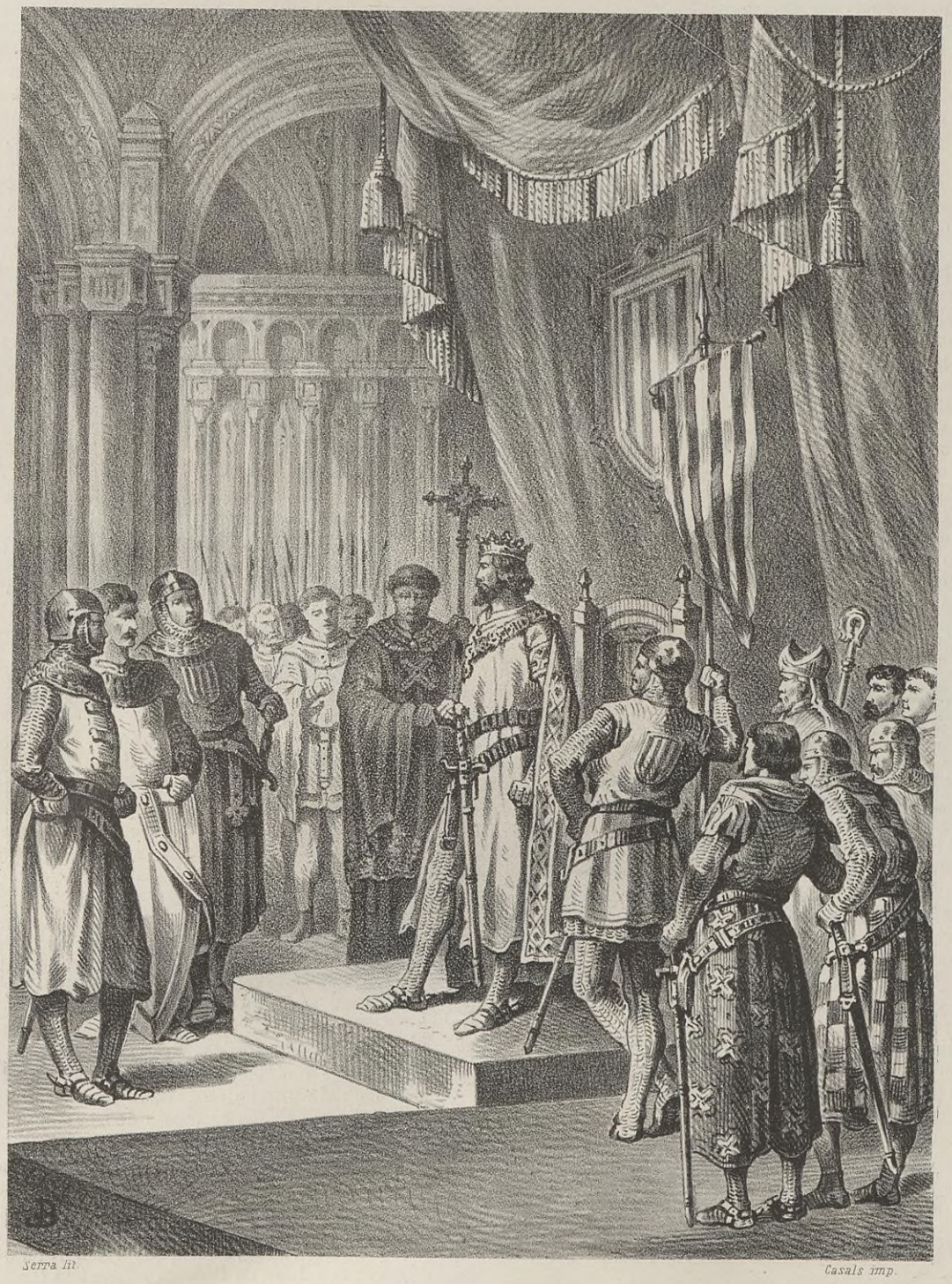
Entre los que se dirigian al templo, iba la hija del caballero Roger de Maestr' Angelo, hermosa palermitana, acompañada de su esposo y de sus hermanos.

Un soldado provenzal propasóse de una manera lasciva con ella á pretexto de ver si llevaba armas escondidas entre sus ropas (1).

Desmayóse la jóven, un caballero siciliano atravesó con su espada al soldado, los compañeros de este le vengan con la muerte de aquel, estalla la popular indignacion, y al grito de *mueran los franceses,* y al toque de las campanas que anunciaban las vísperas, arrójase el pueblo sobre sus opresores, dando comienzo á una horrible mortandad que fué propagándose por toda la isla, calculándose que murieron en aquella terrible hecatombe sobre unos veinte y ocho mil franceses.

(1) Blancas.—Coronacion de los reyes de Aragon, cap. II. Zurita.—Anales de Aragon.

(1) Bartolomé de Neocastro, Villani, Muratori y otros autores italianos. Rossew.—S. Hilaire, Hist. d'Espagne.—Lafuente Hist. de España.



Serra lit. *Casals imp.*

LOS EMBAJADORES DE CARLOS DE ANJOU DESAFIAN EN SU NOMBRE AL REY D. PEDRO.

Riera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO LXXX.

Ciñe D. Pedro III de Aragon la corona de Sicilia.—Famoso desafío del Monarca aragonés y de Cárlos de Anjou.—Roger de Lauria.—Sus hazañas.—Proezas de catalanes y aragoneses en Italia.

Hallábase entre tanto el rey D. Pedro en Berbería esperando el momento oportuno para realizar su plan, entreteniéndose en hacer entradas por las tierras musulmanas, para cuyo efecto habia repartido las compañías de almogávares que llevaba, entre los caballeros que le seguian, al objeto de que todos fueran participando de aquellas expediciones.

Se supone que el musulman habia ofrecido al rey de Aragon entregarle la importante plaza de Constantina, para cuyo efecto contaba con varios amigos que habian de ayudarle en su empresa.

Confiado en esto, hizo el monarca su expedicion á Berberia, pero descubierta por los moros la fraguada traicion, alzáronse tumultuariamente contra los comprometidos, y quitando la vida al principal de ellos y á doce de sus compañeros, decidiéronse á defenderse obstinadamente destruyendo con esto el plan del aragonés.

Sin embargo, su verdadero plan, su objeto mas principal nadie le conocia.

La reservá del Monarca era extraordinaria.

Todos los historiadores están conformes en que nadie sabia á ciencia cierta el proyecto del Rey.

Este envió de nuevo otro mensajero al Pontífice para que le ayudase en la guerra que estaba haciendo, no obteniendo respuesta alguna.

Un dia viéronse llegar dos buque de Sicilia.

En ellos iban varios caballeros que en nombre de todas las ciudades de la isla acudian á ofrecerle la corona, suplicándole que pasase á tomar posesion de ella.

D. Pedro, mostrándose tan cauto y político como siempre, agradecióles la honra que le hacian, y les pidió tiempo para consultar con sus caballeros y ricos-hombres, significando que vacilaba en aceptar aquello mismo que tanto deseaba, segun dice muy oportunamente un historiador contemporáneo.

Nuevas embarcaciones aportaron á las africanas costas con nuevas solicitudes, y entonces reuniendo el Monarca á sus caballeros expúsoles la demanda que los sicilianos le hacian.

Encontrados fueron los pareceres, mas el Monarca con aquel tacto que le distinguia, supo vencer á los mas opuestos, y bien pronto se hizo á la vela la armada, dirigiéndose á Sicilia, llegando á Trapani en 30 de agosto de 1282.

Apenas llegó á Palermo, toda la poblacion salió á recibirle aclamándole como á su libertador.

Bajo de pálio fué conducido hasta el palacio imperial, donde ante los representantes de todas las ciudades quedó proclamado don Pedro III de Aragon, rey de Sicilia.

Inmediatamente envió socorros á la ciudád de Mesina, que se hallaba estrechamente sitiada por las tropas de Cárlos de Anjou.

Roger de Lauria mandaba la flota que se aproximaba al puerto mientras que el rey D. Pedro con Juan de Prócida y Alaymo de Lantini, avanzaba por la parte de tierra.

Cárlos de Anjou, el mismo que habia tenido la imprudencia de decir que despreciaba al rey de Aragon, tuvo que retirarse vergonzosamente á su aproximacion, dejando su campo y equipages en poder de los almogávares y mesineses.

Con el mismo regocijo que en Palermo, fue recibido D. Pedro en Mesina, donde permaneció algunos dias.

Cárlos se hallaba en Reggio mientras su poderosa armada se habia ido á guarecer á Nápoles y Sorrento.

Entonces un valiente catalan, Pedro de Queralt, llevó á cabo una de esas hazañas verdaderamente homéricas y que apenas pueden concebirse á no verlas confirmadas por distintos y reputados historiadores.

Veinte y dos galeras habia en Mesina, que pertenecian á la armada de D. Pedro.

Ochenta, contaba la flota de Cárlos que se hallaba á la altura de Nicotera.

Nadie podia imaginarse que los catalanes emprendieran empresa alguna contra tan poderosa escuadra.

Sin embargo, Queralt no vaciló un momento, y con sus veinte y dos galeras fué á presentar atrevidamente la batalla á las enemigas.

La audacia de aquellas, aterró á estas; dispersáronse, y aprovechándose de esto el catalan, cayó con tal ímpetu sobre ellas, que consiguió apoderarse de cuarenta y cinco galeras y de ciento treinta barcos de transporte cargados de víveres.

Todavía esto parecíales insuficiente á los catalanes, que dirigiéndose á Nicotera se apoderaron de la ciudad matando á mas de doscientos caballeros franceses.

Al recibir la noticia de semejante triunfo, el rey de Aragon cayó de rodillas entonando el *Laudate Dominum*, siguiendo su ejemplo cuantos caballeros le rodeaban.

Cuatro mil prisioneros habia hecho el valeroso catalan y de ellos separando los franceses, que eran unos mil próximamente, puso en libertad á los tres mil restantes que eran italianos, con lo cual ganóse gran número de simpatías en aquel país (1).

(1) Neocastro.—Cap. 53.—Desclot.—Cap. 98.

D. Pedro procedia desde los primeros momentos con un tacto y una discrecion superiores á todo elogio.

En Catana obtuvo un buen subsidio para proseguir la guerra, y dió varias importantes disposiciones, bien aboliendo tributos odiosos para los pueblos, bien suprimiendo cierta clase de impuestos que les abrumaban.

De regreso á Mesina encontróse con un religioso de la Orden de predicadores, llamado Fr. Simon de Lentini, el cual iba de parte de Cárlos de Anjou á decirle, que pues habia invadido la Sicilia, robándole sin derecho ni provocacion sus tierras, estaba dispuesto á probárselo en singular combate, dejando á la espada que decidiera de parte de quién estaba la razon.

El de Anjou llevábase en este reto una segunda idea que no pudo oscurecerse al buen criterio del aragonés.

Aquel trataba por este medio de ganar tiempo, de obligar á don Pedro, si aceptaba, á que regresara á sus estados, y si no aceptaba mostrarle á los ojos de su nuevo país como un cobarde, y tal vez por este medio desilusionar á los sicilianos.

El nuevo rey envióle á decir que semejante asunto no era para tratado por medio de un fraile, y entonces Cárlos envióle algunos caballeros á quienes dió órden de que no le hablasen sino en plena corte y en presencia de todos.

El rey Cárlos nos envia á deciros, —dijéronle,— *que sois un desleal, porque habeis entrado en sus reinos sin declararle guerra.*

Al escuchar estas frases D. Pedro, ardiendo en ira y sin poderse contener mas, les interrumpió diciéndoles:

Decid á vuestro señor que hoy mismo irán mis mensajeros á responder en sus barbas á la acusacion que os habeis atrevido á pronunciar en las nuestras: retiraos.

Aun no habian pasado seis horas cuando ya los enviados aragoneses se dirigieron hácia Reggio.

Una vez en presencia del de Anjou, y sin que le hicieran otro saludo, le dijeron:

«Rey Cárlos: nuestro señor el Rey de Aragon nos envia á pregun-
«taros si es cierto que habeis dado órden á vuestros mensajeros para
«proferir las palabras que hoy han pronunciado delante de él.»

Al escuchar la respuesta afirmativa del de Anjou, añadieron los enviados del aragonés:

«Pues nosotros os decimos de parte de nuestro señor que mentís
«como un bellaco, que él en nada ha faltado á la lealtad; os deci-
«mos en su nombre que quien ha faltado ha sido vos, cuando vi-
«nísteis á atacar al rey Manfredo y asesinasteis al rey Conradino,
«y si lo negais os lo hará confesar cuerpo á cuerpo. Y aunque re-
«conoce vuestro valor y sabe que sois un brioso y esforzado caba-
«llero, os da á elegir las armas, puesto que sois mas anciano que
«él (1).»

Despues de varios mensajes cámbiados entre los dos monarcas conviniéronse en que el combate seria de ciento contra ciento (2), designando como árbitro para decidirlo al rey Eduardo de Inglaterra, debiendo tener lugar el juicio de Dios, en Burdeos, perteneciente entonces á este monarca.

Si la idea de Cárlos fue ganar tiempo con esto obligando al aragonés á una tregua, llevóse un gran chasco, puesto que á los muy breves dias salió de Mesina con el mayor sigilo una flota en la que iban cinco mil almogávares con direccion á Catana.

Sorprendidas en medio de su sueño las tropas francesas, fueron pasadas á cuchillo las que no pudieron escapar, recogiendo considerable botin y sembrando el terror y la destruccion hasta las inmediaciones de Reggio, sin que se atrevieran los soldados de Cárlos á oponerse á aquellas terribles gentes.

En 12 de abril de 1283, la reina D.ª Constanza, acompañada de sus hijos Jaime, Fadrique y Violante, á quien el Rey enviara á buscar con Juan de Prócida y Conrado Lancia, llegó á Palermo siendo recibida con extraordinaria pompa y alegría.

Entonces reunió D. Pedro el parlamento y en él hizo presente, que pues iba á aventurar su existencia en el combate que habia de sostener con Cárlos, y para no dejarles expuestos á las eventualidades de aquel acontecimiento, era su voluntad que á su muerte su hijo D. Alfonso le heredase en los reinos de Aragon, Cataluña y Valencia, y su segundo hijo Jaime en el de Sicilia, siendo durante su ausencia vireyes de este reino, su esposa D.ª Constanza y su hijo Jaime.

Con esto calmó la inquietud de los sicilianos que creyeron y lo temian que el rey de Aragon tratara de hacer de aquel estado una provincia de Aragon, siendo extraordinario su júbilo al ver que se les daba rey propio y corona hereditaria.

Despues de esto partió el monarca aragonés para sus estados, habiendo antes desecho la conspiracion que contra él se habia fraguado por algunos nobles sicilianos en union con el hijo de Cárlos.

(1) Lafuente.—Hist. de España.

(2) El padre Mariana padeció un error en la manera de referir este suceso, puesto que no fue un rey de armas quien desafió á Cárlos en nombre del rey de Aragon y mucho menos que el reto partiera de este. Está demostrado por varios historiadores que el retador fue el de Anjou. Véase Muntaner y Zurita, Malaspina y Neocastro y los franceses Durand y Martene.

SERRA LIT.

IMP. VIDAL.

D. PEDRO III DE ARAGON EN EL COLL DE PANIZAS

Riera, Editor, Barcelona, Robador 24 y 26.

CAPITULO LXXXI.

Término que tuvo el famoso desafío de los reyes D. Pedro y Cárlos de Anjou.—Alteraciones en Aragon.—La Union.—Privilegio general.—Los Franceses penetran por el Rosellon.—Firmeza y serenidad del Monarca aragonés.—D. Pedro de Aragon en el Coll de Panizars.

El pontífice Martin IV, al tener noticia del duelo acordado entre Cárlos de Anjou y Pedro de Aragon fulminó nuevas excomuniones contra él y puso en entredicho los pueblos que le obedecieron, prohibió á Cárlos que concurriese al lugar del desafío, y mandó al rey de Inglaterra bajo pena de excomunion que no fuera juez del palenque, con lo cual este se negó abiertamente á presidir el duelo, comunicándolo así á los dos monarcas.

Pero ya estaban tan adelantados todos los preliminares de él, que no era posible retroceder.

De los catalanes y aragoneses habíanse inscrito ya mas de ciento cincuenta caballeros que aspiraban á combatir al lado de su Rey, y de los franceses habia ya trescientos dispuestos para ello.

El dia 28 de mayo llegó Cárlos á Burdeos é hizo disponer el palenque de una manera que excitó sospechas, que á cada momento adquirian mayor fuerza respecto á que trataba de hacer caer en una celada al rey de Aragon y á los que le acompañaran.

Sabedor de esto D. Pedro y precavido y cauto como siempre, dió órden á sus caballeros que poco á poco fueran dirigiéndose á Burdeos, diseminados, y que ninguno faltara para el dia señalado pues así convenia á su servicio.

Despues, seguido solamente de tres de sus mas seguros y leales amigos marchó sigilosamente de Valencia á Tarazona, donde celebro una rápida entrevista con D. Sancho de Castilla, acordando algunas cosas de utilidad para ambos reinos, y envió á Gilabert de Cruyllas á preguntar al senescal del rey Eduardo de Inglaterra, en Burdeos, si le garantizaria la seguridad del campo para él y los que fueran en su compañía.

Despues de esto exigió juramento de fidelidad y reserva á un aragonés tratante de caballos llamado Domingo de la Figuera, que conocia perfectamente todos los pasos del Pirineo, y disfrazado él y sus tres caballeros como criados de aquel, emprendieron el camino, no omitiendo particularidad alguna de las que su aparente estado exigia para engañar mejor la pública opinion.

Merced á este ardid, salvó el Monarca todos los peligros que pudieran haberse opuesto á su paso y llegó el dia 31 de mayo á las inmediaciones de Burdeos.

Entonces envió á Berenguer de Peratallada á la ciudad al objeto de avistarse con Gilabert de Cruyllas á fin de que este noticiara al senescal que un amigo suyo le esperaba fuera de la ciudad.

Cuando este llegó, el monarca aragonés fingióse enviado por don Pedro de Aragon para saber si el rey de Inglaterra y él en su nombre, podian asegurarle el campo y ponerle á cubierto de todo peligro.

A esto respondió el senescal que no podia, mucho menos cuando los franceses habian acudido con gran golpe de gente apoderándose de toda la comarca.

El rey de Aragon le suplicó que al menos le permitiera ver el palenque, y una vez que hubieron llegado á él, echóse el Monarca á la espalda el capuchon que le cubria, y dijo:

«Yo soy el rey de Aragon, conocedme.»

Entonces el senescal volvióle á rogar encarecidamente que se alejase.

D. Pedro recorrió la liza é hizo levantar un acta firmada por el senescal y un notario, en la cual constaba que el habia cumplido como bueno, y que si el combate no podia tener lugar, culpa no era suya si no de su adversario que habia faltado á todas las leyes del duelo.

Dejó sus armas al senescal para que justificara que habia acudido personalmente y regresó á España por Fuenterrabía (1).

Al dia inmediato, Cárlos de Anjou presentóse en el palenque, y no encontrando al rey de Aragon estaba ya á punto de declarar que era un traidor y un cobarde, cuando el senescal le presentó el documento que hemos mencionado.

La impotente cólera de Cárlos desatóse en las mas groseras injurias contra el rey de Aragon.

Mientras en Sicilia caminaban cada dia mas prósperamente los asuntos del rey de Aragon, en su propio reino presentábansele complicaciones y dificultades de gran importancia, y que requerian mayor tacto y discrecion de las que hasta entonces habia demostrado.

En las aguas de Malta obtuvo una brillante victoria; Roger de Lauria consiguió que la ciudad se entregase á las armas de Aragon, y al año siguiente el príncipe de Salerno, hijo de Cárlos de Anjou, quedó prisionero del valiente marino, falleciendo á poco en 7 de enero de 1285 el rey Cárlos, á la edad de sesenta y cinco años.

Irritado el rey de Francia Felipe el *Atrevido*, tanto por la frustracion del plan que concibiera respecto al desafío de Burdeos, cuanto por la pérdida total para la Francia de la Sicilia, ordenó que sus tropas penetraran en Aragon auxiliadas por los navarros apoderándose de varias plazas.

El rey D. Pedro convocó cortes en Tarazona á fin de tratar de los asuntos de esta guerra, y en ellas dieron comienzo los disgustos mas graves que el monarca aragonés llegó á gustar en su reinado.

Los aragoneses á quienes pesaban las terribles censuras que sobre ellos habia fulminado la Iglesia, que se veian envueltos en una guerra con un tan poderoso monarca como ya lo era el francés, que unia gran parte de sus fuerzas estaban distraidas en Sicilia y resentidos por la extremada reserva del Monarca que se lanzaba á acometer empresas sin consultar su voluntad, quejáronse en las cortes, tanto de esto, cuanto de los nuevos impuestos que se les trataban de imponer.

Pidieron que en lo sucesivo se les consultase su voluntad para todas las guerras que se hubieran de empeñar, y así mismo exponiéndole muchos agravios, le exigieron que atendiese á ellos y los remediase.

Quiso el monarca eludir su resolucion hasta haber terminado la guerra, pero entonces uniéronse todos los nobles juramentándose para la defensa de sus fueros y franquezas, y tal llegó á acentuarse la opinion, que el Monarca no tuvo mas remedio que prorogar las cortes hasta Zaragoza, donde firmó finalmente el *Privilegio general de la Union*, que se ha comparado por los políticos á la *Charta Magna* de Inglaterra y que no era otra cosa que una confirmacion escrita de los privilegios é inmunidades de que ya disfrutaban de muy antiguo los aragoneses.

Tratando el Rey de buscar un apoyo en Valencia procuró que desechara el fuero aragonés y se rigiera por el particular de Valencia, y desde allí en las cortes que celebró en Barcelona esperando encontrar en los catalanes mas apoyo todavía que en los aragoneses, encontróse con que tambien le presentaron quejas de agravios inferidos, y en enero de 1284 vióse obligado á relevarles del impuesto de la sal, alivióles del *bovatge* y les confirió todos los privilegios y fueros que tenian de los antiguos condes.

Mientras tanto y prévio acuerdo del Pontífice fue elegido para rey de Aragon Cárlos de Valois, hijo de Felipe de Francia, á quien se llamó *rey del chapeo*, porque al darle el cardenal legado la investidura del nuevo reino, puso sobre su cabeza su sombrero de cardenal.

La guerra entre Francia y Aragon emprendióse con extraordinario ardor, haciéndose formidables aprestos por parte de Francia.

Entre tanto la situacion de D. Pedro era excesivamente crítica, y no sabemos cuándo admirarle mas, si en los momentos en que concebia el plan de apoderarse de Sicilia procediendo con tanta cautela como tacto político, ó en los momentos en que vamos hablando, en que solo, abandonado de todos, falto hasta de los recursos de su propio reino, supo sin embargo dominar tan terrible estado y vencer á tan poderoso monarca como Felipe de Francia.

«Agolpábanse de una manera prodigiosa los sucesos.»—Dice un escritor hablando de esta época, pues si bien es cierto que Roger de Lauria segun hemos expuesto, habia ganado tantos triunfos en los mares de Italia, la Francia que no podia perdonárselos, hacia formidables y amenazadores aprestos.

Felipe, el hijo primogénito del monarca francés tomaba posesion del reino de Navarra por su casamiento con la princesa D.ª Juana.

Al mismo tiempo moria Alfonso X de Castilla sucediéndole su hijo Sancho el Bravo, y á todos estos cambios y complicaciones ocurridas en el exterior, habia que añadir los mas importantes del interior.

Los de la *Union*, congregados en Zaragoza, apremiaban á D. Pedro para que con arreglo al privilegio, les diera satisfaccion cumplida de sus agravios, á lo cual no tuvo otro remedio que acceder.

Los de Valencia, por instigacion de los aragoneses, pidieron ser juzgados por el fuero de Aragon.

Su hermano D. Jaime de Mallorca se aliaba con el rey de Francia, y este al frente de un ejército de ciento veinte mil infantes, diez y siete mil ballesteros y diez y ocho mil caballeros de paraje preparóse para penetrar por el Rosellon en abril de 1285.

D. Pedro al frente de algunos pocos caballeros de su confianza con aquella rapidez y aquel sigilo que caracterizaban todas sus empresas, parte de Lérida, atraviesa el Ampurdan, penetra en el Rosellon, llega á Perpiñan y sorprende á su hermano Jaime, que huye despues de hacerle entrega de todos sus castillos y alhajas quedando sus tres hijos en rehenes del aragonés.

Despues de esto volvióse el Monarca á Cataluña mientras los franceses penetraban en el Rosellon.

El momento crítico habia llegado. D. Pedro invoca el auxilio de D. Sancho de Castilla, rey á la sazon, en virtud de los pactos anteriores y este le falta; llama á los caballeros catalanes y aragoneses y no acuden á su voz, y vése entonces al Monarca sin abatirse un momento, al frente de un puñado de varones catalanes, modelos de valor y de lealtad y de algunas compañías del Ampurdan ocupar la sierra de Panizars y del Pertús en el Pirineo, deteniendo en aquel sitio por espacio de tres semanas al ejército mas poderoso que se habia visto en aquellos lugares desde los tiempos de Carlomagno.

(1) Ptolomeo de Luca, dice que el rey de Francia habia acudido á Burdeos con diez mil hombres. Romey se hace cargo tambien de estas mismas palabras.

PIO IX.

Historia documentada de su vida y de los veinte y cinco primeros años de su glorioso pontificado, con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales de la época, relacionados con el catolicismo, y un exámen detenido de las tres situaciones del mundo, correspondientes al nacimiento de este gran Pontífice, á su elevacion á la Sede romana y á la invasion de la capital de la cristiandad. Obra escrita por los reverendos D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora en Barcelona, y D. Emilio Moreno Cebada, doctor en sagrada Teología: ambos examinadores sinodales de varias diócesis, y autores de algunas obras religiosas y científicas.—Espléndida edicion ilustrada con preciosas láminas grabadas sobre boj representando los asuntos tratados en la obra.

Consta de dos abultados tomos en 4.° mayor con 26 láminas á 100 rs. en rústica y 120 en relieve. Á los señores que no les convenga adquirir la obra de una sola vez se les proporcionará por entregas, dejando á su voluntad las que gusten tomar semanalmente hasta que posean las 96 en que está dividida, y cuyo precio es de un real cada una.

GALERÍA CATÓLICA.

Coleccion de litografías representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia Católica y de los santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina por los reverendos P. M. Fr. José María Rodriguez, General de la Orden de la Merced; D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona; y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona). Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los Excmos. é Ilmos. Sres. Arzobispos y Obispos de España Con aprobacion del ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra constará de cuatro tomos divididos en cuarenta y nueve entregas á 5 rs. una, y que á instancia de varios suscritores se reparten dos mensuales, logrando de este modo abreviar su duracion.—Los señores que gusten suscribirse y enterarse de la importancia de esta obra, podrán convencerse de ella con las primeras entregas que llevamos ya reimpresas ; las que están de muestra en esta casa editorial y en la de todos sus corresponsales.

LA VUELTA POR ESPANA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Salen 4 entregas semanales á medio real una. Á los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas salidas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.